

Robo En El Día



Miré a Jason.

Su figura vestida de negro saltaba nerviosamente de un pie al otro mientras permanecíamos de pie en el callejón, esperando la llamada telefónica.

Sus ojos eran como platillos detrás de la máscara. Él estaba emocionado, yo no. Toda la energía parecía haber abandonado mi cuerpo.

Mis piernas se sentían como espagueti y mis palmas estaban cubiertas de sudor. Mi estómago se revolvía al pensar en lo que estábamos por hacer.

El teléfono sonó. Jason y yo nos miramos mutuamente. Era el momento. Jason contestó y la voz rugió por el teléfono.

“¡AHORA!”

Salimos rápido del callejón a la calle, mis pies luchaban por mantenerse en la acera resbalosa y casi tumbo a una anciana.

Jason gritaba, “¡FUERA DE NUESTRO CAMINO! ¡FUERA DE NUESTRO CAMINO!”

Vi el semáforo más adelante, a solo cincuenta metros, pero parecía tan lejos. El tráfico estaba detenido en ambos lados mientras titilaban las luces para los peatones.

Había algunas personas cruzando y cuando pasamos corriendo, pecho agitado, vi a Paul, nuestro observador. Él estaba parado en la esquina opuesta, con el teléfono aún en la mano y una gran sonrisa en el rostro.

Estábamos del otro lado ahora, Jason en el sendero peatonal y yo en la calle. Aún teníamos mucho por avanzar, otros cuatrocientos metros.

Yo estaba casi sin aliento, jadeando, con las piernas sintiéndose como plomo.

El tiempo parecía ir más lento mientras me daba cuenta cuán vulnerables éramos en ese momento, en medio de la calle principal, un sábado por la mañana.

Mi único pensamiento era llegar al auto. “Lleguemos al auto y estaremos a salvo”, pensé.

Un hombre grande intentó ponerse en camino de Jason en el sendero

peatonal, pero lo pensó mejor cuando Jason le gritó fuertemente. Corrimos a lo largo del centro de compras; madres con carros de bebés, vagabundos y chicos cool, todos mirándonos mientras trastabillábamos corriendo exhaustos. Aún faltaba una centena de metros para llegar.

Tropezando por las vías del tranvía, caímos sobre la verja frente a mi auto y colapsamos dentro.

Quitándonos los pasamontañas, de repente nos reímos juntos pensando en lo que habíamos hecho.

¡Qué broma! Imagina lo que habrán pensado todas esas personas en la calle. Deben haber pensado que éramos ladrones de bancos, criminales o, quizá, jefes de la mafia.

No se dieron cuenta de que éramos solo dos tipos aburridos divirtiéndose un poco.

Mi estómago dolía de reírme tanto del hombre que había intentado detener a Jason. Definitivamente pensó que era real y quería actuar como un héroe pero se asustó. ¿Se arrepentiría de sus acciones por el resto de su vida?

Encendí el auto y lentamente condujimos alrededor de la manzana para recoger a Paul, nuestro observador, que nos había llamado para decirnos que las luces estaban en verde.

Jason me miró. “¿Deberíamos darle a la gente un último espectáculo?”

Dimos un frenazo para detenernos junto a Paul y saltamos fuera del auto, con los pasamontañas puestos, gritándole.

“¡Entra al auto! ¡ENTRA AL AUTO!”

Lo tomé por el cuello y lo empujé al asiento trasero, golpeando la puerta tras él.

Jason y yo subimos de un salto y salimos a toda velocidad riéndonos del pobre Paul, quien tenía su cabeza en el piso, y de la gente aún paralizada por el falso secuestro que acabábamos de realizar.

Más tarde esa noche, revivimos nuestra broma bebiendo algunas cervezas. Mientras disfrutaba la bebida fría, mi teléfono sonó.

“¿Hola?”

“Es la policía. Nos gustaría interrogarlo por un presunto robo y secuestro. Por favor acérquese a la estación inmediatamente”.
Nuestra broma ya no era divertida.